

## **«ROGAD AL DUEÑO DE LA MIES»**

**1. Hoy es un día de fiesta para la Iglesia.** La celebración que esta mañana nos ha congregado en la Catedral está llena de un riquísimo significado. Cuatro varones recibirán, tras la imposición de manos y la oración de consagración, el sacramento del Diaconado, que transformará plenamente sus vidas, a cada cual según su circunstancia personal. Uno de ellos, Miguel Ángel, ejercerá este ministerio diaconal en la Parroquia de San Juan de Alicante a la espera de dar otro paso, si Dios quiere, dentro de nueve meses, hacia la ordenación presbiteral. Junto a él, dos misioneros de la Consolata, Edwin y Toussaint, nos recuerdan con su presencia que la Iglesia es, ante todo, evangelizadora. “Id y predicad a todos los pueblos”, es el cometido que Jesús confió a sus discípulos, los de hace dos mil años y los que caminamos ahora sobre la tierra. Ambos recibirán, posteriormente, la ordenación sacerdotal allá donde se encuentren en fidelidad a su vocación misionera. Y, por último, Ralph, feligrés de la Parroquia de los Franciscanos, en Alicante, que fue llamado hace unos años a formar una familia cristiana por el sacramento del Matrimonio, ha recibido del Señor una llamada a servir a la Iglesia mediante el Diaconado permanente.

Otro aspecto que nos produce alegría es habernos reunido en la Iglesia Madre de la Diócesis, en la Catedral de Orihuela, cuyo quinto centenario estamos celebrando con un Año Jubilar. En este templo se halla la Cátedra, es decir, la Silla desde donde el Obispo, Pastor de la Diócesis, enseña a su pueblo, predica la Palabra, administra los sacramentos y reza en comunión con sus presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas, y fieles todos.

Este jubileo que iniciamos el pasado mes de mayo, como no podía ser de otro modo, está imbuido de alegría, gratitud y alabanza al Padre por su inmenso amor, por el don de su Hijo Jesucristo, por los frutos de santidad que ha producido el Espíritu Santo en esta Iglesia de Orihuela–Alicante a lo largo de sus 500 años de existencia. Y éste ha de ser el clima que impregne todas

las celebraciones jubilares que se lleven a cabo hasta la clausura del Año Jubilar. Como escribió Juan Pablo II con motivo del Jubileo del año 2000:

«El término jubileo expresa alegría; no sólo alegría interior, sino un júbilo que se manifiesta exteriormente, ya que la venida de Dios es también un suceso exterior, visible, audible y tangible... La Iglesia se alegra por la salvación, invita a todos a la alegría y se esfuerza por crear las condiciones para que las energías salvíficas puedan ser comunicadas a cada uno» (*Tertio millennio adveniente*, 16).

---

**2. Rogad al Dueño de la mies.** En varias ocasiones en que me he reunido con vosotros os he recordado la importancia de pedir al Señor que envíe operarios a su sementera, que los sacerdotes y diáconos no surgen de la nada ni caen del cielo como una lluvia benéfica. Si así fuera, no haría falta que rezáramos. Pero es Jesucristo quien nos advierte que no nos cansemos de rogar a Dios que envíe vocaciones a su Iglesia, porque la mies es mucha y, sin embargo, son pocos los que escuchan la llamada al sacerdocio. No es que Dios haya dejado de llamar, es que el ruido de esta sociedad y la actual jerarquía de valores han taponado los oídos de nuestros niños y jóvenes. ¿Cómo podrán escuchar esta llamada a anunciar el Evangelio en medio de tantas ofertas aparentemente más apetecibles, pero insuficientes para alcanzar la felicidad? ¿Cómo podrán apreciar la grandeza y hermosura de esta vocación si los que hemos recibido ese mismo regalo lo soportamos como una carga que nos agobia, nos aburre, nos entristece? En verdad que un cura triste es un triste cura.

En un encuentro con sacerdotes y diáconos permanentes, Benedicto XVI reflexionaba sobre esta necesidad de pedir trabajadores para la Viña del Señor y les decía: «Dios necesita hombres. Necesita personas que digan:

“Sí, estoy dispuesto a ser tu obrero en esta mies, estoy dispuesto a ayudar para que esta mies que ya está madurando en el corazón de los hombres pueda entrar realmente en los graneros de la eternidad y se transforme en perenne comunión divina de alegría y amor”.

“Rogad, pues, al Dueño de la mies” quiere decir también: no podemos “producir” vocaciones; deben venir de Dios. No podemos reclutar personas, como sucede tal vez en otras profesiones, por medio de una propaganda bien pensada, por decirlo así, mediante estrategias adecuadas. La llamada, que parte del corazón de Dios, siempre debe encontrar la senda que lleva al corazón del hombre.

Con todo, precisamente para que llegue al corazón de los hombres, también hace falta nuestra colaboración. Ciertamente, pedir eso al Dueño de la mies significa ante todo orar por ello, sacudir su corazón, diciéndole: “Hazlo, por favor. Despierta a los hombres. Enciende en ellos el entusiasmo y la alegría por el Evangelio. Haz que comprendan que este es el tesoro más valioso que cualquier otro, y que quien lo descubre debe transmitirlo”»<sup>1</sup>.

---

**3. Servidores del Evangelio de Jesucristo.** Queridos Miguel Ángel, Ralph, Edwin y Toussaint. Hoy la Iglesia os va a confiar, según establece el ritual de la ordenación, el libro de los Evangelios. Uno de vuestros servicios como diáconos será precisamente el de proclamar la Buena Noticia de Jesucristo, y hacerlo no sólo con vuestros labios sino, sobre todo, con vuestra vida y vuestro corazón. Por vuestra sagrada ordenación diaconal quedaréis vinculados de modo especial al Evangelio de Cristo resucitado. Se os encarga prestar un tipo especial de servicio (*diaconía*), en el nombre del Señor resucitado.

Dentro de unos minutos, el Obispo dice a cada uno de vosotros: «Recibe el Evangelio de Cristo, del que ahora eres heraldo. Cree lo que lees, enseña lo que crees y practica lo que enseñas». Como los Apóstoles, también vosotros os debéis sentir impulsados a proclamar la resurrección del Señor Jesús, a tiempo y a destiempo. También vosotros debéis experimentar la urgencia de hacer el bien, de rendir servicio en el nombre de Jesús crucificado y resucitado, de llevar la Palabra de Dios a la vida de su pueblo, de la Iglesia.

---

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes y diáconos permanentes*, 14 de septiembre de 2006.

Queridos diáconos, «vuestra misión consiste en abrazar el Evangelio, profundizar con fe en su mensaje, amarlo y testimoniarlo con palabras y con obras. La tarea de la nueva evangelización necesita vuestra contribución, dada con coherencia y entrega, con valentía y generosidad, en el servicio diario de la liturgia, de la palabra y de la caridad. Vosotros, diáconos llamados con el celibato a una existencia totalmente consagrada a Dios y a su reino, vivid vuestra misión con alegría y fidelidad. Vividla también vosotros, diáconos casados; Cristo os pide que seáis modelos de verdadero amor dentro de la vida familiar. A unos y otros el Señor os ha elegido como colaboradores suyos en la obra de la salvación»<sup>2</sup>.

---

**4. Servir a la comunidad por medio de la oración.** «Todo lo puedo en Aquél que me conforta», escribe san Pablo (Flp 4,13). Los que hemos recibido el hermoso regalo de la vocación somos plenamente conscientes de nuestras limitaciones. Pero es que Jesús ha preferido llamar a los pequeños y sencillos, a los que no pueden apoyarse en sus propios méritos, porque la vocación no es algo merecido, no es un derecho, ni una recompensa o premio. El Señor manifiesta su poder por medio de nuestra debilidad; habla con palabras de vida y de verdad utilizando nuestros labios temblorosos y torpes; sigue curando las almas de tantos heridos por el pecado recurriendo a unos hombres que no son más que *sanadores heridos* ellos también.

Por consiguiente, vuestro servicio a la Iglesia ha de brotar y estar sostenido por la oración, en la que se pone de manifiesto que la mies no es nuestra, sino de Dios, y que todas las tareas que realicemos en su viña se han de llevar a cabo en su nombre y con la mirada puesta solamente en Dios. Y «para que vuestra fe sea fuerte y vigorosa, hace falta alimentarla con una oración constante. Por tanto, sed modelos de oración, convertíos en maestros de oración. Que vuestras jornadas estén marcadas por los tiempos de oración... Sé que no es fácil mantenerse fieles a estas citas diarias con el Señor, sobre todo hoy que el ritmo de la vida se ha vuelto frenético y las ocupaciones son cada vez más absorbentes»<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, *Ángelus*, 20 de febrero de 2000.

<sup>3</sup> BENEDICTO XVI, *Encuentro con los sacerdotes, diáconos y seminaristas*, 15 de junio de 2008.

No obstante, pese a las múltiples ocupaciones que puedan requerir nuestra dedicación, «orar es el primer servicio que es preciso prestar a la comunidad. Por eso, los momentos de oración deben tener una verdadera prioridad en nuestra vida. Pero si no estamos interiormente en comunión con Dios, no podemos dar nada tampoco a los demás. Por eso, Dios es la primera prioridad. Siempre debemos reservar el tiempo necesario para estar en comunión de oración con nuestro Señor»<sup>4</sup>.

---

Queridos Miguel Ángel, Ralph, Edwin y Toussaint, que en breves instantes vais a recibir el sacramento del diaconado, «Dios os llama a ser santos... la santidad es el secreto del auténtico éxito de vuestro ministerio... Ya desde ahora la santidad debe constituir el objetivo de vuestra opción y decisión. Encomendad este deseo y este compromiso diario a María», Madre de los sacerdotes, Reina de los apóstoles. Iniciad ya desde hoy vuestro ministerio «con el alma abierta a la verdad, a la transparencia, al diálogo con quienes os dirigen; esto os permitirá responder de modo sencillo y humilde a Aquél que os llama, liberándoos del peligro de realizar un proyecto sólo personal». Mi enhorabuena y felicitación cordialísima a vosotros, a vuestros familiares y amigos, y a las comunidades parroquiales de Santas Justa y Rufina, en Orihuela, y San Antonio de Padua, en Alicante, que esta mañana os acompañan, así como a las que seréis enviados como diáconos. También enhorabuena a los misioneros de la Consolata, que tienen una comunidad de hermanos en Elche, y que hoy cuentan con dos nuevos diáconos.



✠ Rafael Palmero Ramos  
Obispo de Orihuela–Alicante

---

<sup>4</sup> Ibid.